

# En Busca de la Tinta Danzante

Rosa Mystica

Angel Arcos

Título: En Busca de la Tinta Danzante

Autor: Jose Angel Arcos Alonso

Portada y maquetación: el autor.

Editor: Bubok Publishing S.L.

Depósito Legal: PM 3076-2008

ISBN: 978-84-92662-19-7

© 2008. J.A. ARCOS

Portada: “*El abanico roto*”, grabado, según pintura de J.B. Huet.

## I

Tal vez la culpa de las tribulaciones que me ocupan en estos momentos, la tuvo aquella manía de mi abuela de bañarnos a mi prima Merceditas y a mí en la misma palangana. O, al menos, así llamaba yo a aquella pecera de cobre cuando, a punto de cenar, sin haber pasado por el baño, golpeando con los cubiertos sobre la mesa, gritaba: “¡Eo queo pacana! ¡Eo queo pacana!” Es decir, que no se les ocurriese privarme del baño con mi primita bien a la mano. Merceditas, que ya por entonces repetía cuanto yo solía decir –sobre todo, si gritaba–, golpeaba, a su vez, con su cucharita de boj, añadiendo en aquella su dulcísima voz hueca de niña: “¡Elo-quelo-pacalala! ¡Elo-quelo-pacalala!” Es decir, que estaba de acuerdo en mi inocente mano a mano.

Aquella tina de cobre era, en realidad, una antigua pila bautismal que mi bisabuelo, el marqués de la Penuria –no se rían–, había adquirido en la subasta de bienes de unos frailes, allá por la desamortización de Mendizábal. Los poderes salutíferos le venían, al parecer, de las bendiciones antaño recibidas; y otras tantas que mi abuela sabía procurarle con aquel ritual suyo de marcar el agua con la señal de la cruz y santiguarse después, elevando los ojos a lo alto.

Mi abuela, señora de caserío, aparte de supersticiosa, era lo que antaño se decía una beata; contando con un repertorio variadísimo de jaculatorias, parcemidómines, rosarios de la aurora al alba; sin faltarle un armario surtido de complementos para la oración: estampitas, rosarios, misalitos, estatuillas de vírgenes y santos; y relicarios, uno de ellos –¡y cómo lo guardaba!–, con un trocito de hueso de santo.

–¡Puez, vaya, que noztira al agua el zeñorito! ¡Noztaría mal que le viera zu padre!

–Tú calla, carraca. Pon el agua a punto, y no te olvides otra vez de las hojas de laurel, que no la atinas ya, Gumersinda.

–¡Recojuca, que noztará penzando en echazme!

Clemens, Clementina o Clemencia, era viejísima en la familia, y se permitía toda suerte de sarcasmos; que encantaban a mi abuela, sólo por el placer de replicarla. Mi padre, tan peripuesto, era, al parecer, muy poco dado al agua, “por no deteriorar –decía– esa cubierta vegetal que nos defiende de enfermedades”.

Mi abuela, sin embargo, no tenía consigo que aquella insistencia mía en el baño –tal vez, histeria– fuese algo natural; debí de advertirlo en aquella manera suya de mirarme con el ceño fruncido, y detrás, un pensamiento que yo interpretaría como: “Este nieto, nos va a salir un poco raro”.

Puestos, pues, en la pila bautismal, entre los vapores y aromas del laurel, mi afán principal se resumía en contemplar aquello que mi primita no tenía entre las piernas. Estaría por demás decir que, para entonces, los efectos del calor, aquel aroma embriagador, y el gustito de sentirse pez dentro del agua, habían actuado sobre cierto nervio secreto –e ingobernable–, que había puesto tenso ese apéndice que, sin apenas darse uno cuenta, me estaba acariciando.

Yo miraba y miraba a Merceditas esperando que se le estirase algo; pero no, allí seguían quietas las dos conchitas, en forma de labios –sonrosados, eso sí–, que se apretaban más y más cuanto mayor empeño yo ponía en escrutarlas. ¿Tratarán de sujetar lo que a mí me ha salido tan grande, o querrá ello decir que a Merceditas –¡a quien quiero tanto!– se lo han... bueno, no sé... con ese cu-chillo largo de Clemencia con el que va a matarnos por pisotear las servilletas? Un suspiro me encogió el corazón, e intentó arran-

carme el llanto, pero no lloré –nunca lo haría porque sí delante de mujeres–, adoptando, en su lugar, un aire de frialdad e indiferencia –muy prematuras– con el que preferí preguntarle a ella misma: “Mechita, ¿no te tale?” Le señalaba el colibrí mío que apuntaba ya por encima del agua. Merceditas miró, pero no sé si vio, porque, después de ojearlo y buscarse, levantó sus hermosísimos ojazos con la más absoluta indiferencia dibujada en su carita de ángel. “¿No tenes tú?”, insistí. Volvió a mirarlo y buscarse –¡sin mostrar sorpresa o asomo de algo!–, levantando de nuevo los ojos para quedar mirándome en blanco: como si mi pregunta fuese la mayor estupidez.

De inmediato, la emprendió con un chapoteo frenético, al ritmo de unos gorjeos de infante, que yo traté de imitar; y que en mi caso querían decir: “¡Pues qué bien! ¡Qué idiota soy! ¡Vaya pregunta más tonta!”

Más tarde, mucho más tarde, descubriría que uno de los rasgos singulares de la inteligencia de la mujer era dar las cosas obvias por supuestas.

Sin embargo, yo seguía y seguía ensimismado en aquel misterio que, a cada paso, se me representaba más inexplicable. Un día, hartado ya, y no atreviéndome a preguntar a Merceditas, para no quedar otra vez –¡y a tan tierna edad!– en ridículo, decidí adelantar mis deditos inocentes para explorar por mi cuenta. El efecto fue sorprendente. Pues, apenas tocaron lo que se supondría unos dientes detrás de unos labios, Merceditas prorrumpió en unas risillas histéricas e incontenibles, que no me gustaron nada; porque, aparte de que el misterio seguía allí plantado, no entendía yo cómo podía retorcerse de risa cuando mis propósitos eran tan serios. Creo que fue entonces cuando comprendí, por primera vez –y para mi pesar–, que no sería fácil hacerme entender por las mujeres. Eso sí, no se

me escapó que en el centro de aquel misterio se encerraba algo divertido que, tal vez, mereciese la pena explorar más adelante.

Mi abuela, que no tenía un pelo de tonta, andaba ojo sobre ojo, pues esta dedicación mía, sin las precauciones y disimulos tan necesarios en estos casos –y que con tanto dolor tendría que aprender, ¡oh, insaciable avidez mía de belleza!–, llamaba la atención de cualquiera. Por eso, en cuanto vio mis afanosos deditos abrirse paso hacia las puertas del misterio, blandió su espada de fuego para increparme diciendo:

–¡Da acá esa mano, gorrino! ¡Eso no se hace, marrano!

–(Clemencia) ¡Ojú, que ezte zale al padre!

–¡Mariloles, que esta vez te ortigo la lengua!

–¡Como vuelvas a intentarlo, te pienso cortar la mano, so cerdo!

Esto, advirtiéndome con un dedo tan largo, que vi el cuchillo de Clemencia caer sin piedad sobre mí; y en mi cuello, un tajo como aquel que acababa con los desventurados de los pollos.

No me salía el llanto. Fue tal el espasmo que me dio, y el pánico que se apoderó de mí, que el pecho se me quedó paralizado, con las sienes a punto de estallarme. Merceditas dio un grito y rompió a llorar. Y sus lágrimas –¡inmerecidas y copiosísimas!– animaron a las mías que, asustadas, se lanzaron en tropel por lagrimal y nariz, confundiendo todo, y llevándose por delante un carro de mocos.

–¡Vamos, vamos, que no ha sido para tanto!

–¡Ven aquí, mi reina, mi sol!

–¡Qué te paza a ti, miz pizurrín, miz pajalito!

Había acudido mi madre desde el salón, y entre las tres mujeres nos cubrieron de tantos besos, besitos y abrazos, que aquel día juré vivir en adelante entre sus faldas.

El misterio se volvió más misterioso que nunca. Y procuré guardarme la mano, pero no renuncié a explorar aquella parte del universo que, en forma de unos labios preciosos, me miraba con insistencia haciéndome un guiño. Nunca más habría de hacerlo, sin embargo, a plena luz; y menos, con unos ojos escrutadores encima. Aquel día perdí la ingenuidad para siempre: ¡qué perverso es el mundo!

## II

Siempre me han gustado los labios. Recuerdo el atractivo que tenían para mí los labios de mi madre. Voy a presentarla: “Disculpeme, señora Rosa, levante un momento la mirada del libro y déjenos verla”. Mi madre no era guapa; pero contaba con una sonrisa bonita y unos ojos acuosos y profundos que seducían de inmediato; sobre todo, a aquellos que, como yo, se han sentido atraídos por mujeres con un aire de misterio.

No era muy alta, aunque bien formada, pero con una ligera caída de hombros que el tiempo –ese canalla– se ha encargado de convertir en una discreta, aunque muy elegante, chepa. Poseía, por entonces, un lustroso cabello negro y recio, que a mí me encantaba rozar con las mejillas cuando se inclinaba para besarme.

Me estaba leyendo un cuento. Yo seguía la historia, pero con los ojos fijos en sus labios, que me deleitaban con la manera que tenían de encogerse; estirarse; abombarse; convertirse en una línea, al sonreír; y también, temblar y enrojecerse, cuando ella ponía emoción en el relato. Y lo más sorprendente: salían volando... palabras. Unas, haciendo piruetas en el aire; otras, como flechas silbando; otras, redondas y grandes, abriéndose paso a codazos y llegándome a mí en forma de aros; otras, en fin, saltando, para agarrarse, de nuevo, a los labios, temerosas de caerse, o inseguras, por no haber sido correctamente pronunciadas.

No me enteraba de nada. Aquellos labios de mi madre me tenían embrujado; y para percibir el calor y el aroma que palabras tan hermosas tenían que dejar al pasarlos rozando, me llevaba el índice a los míos para pedirle a cada paso:

–¡Ama, musu!

–¡Pero, hijo, si vamos a beso por frase! ¿De verdad, te estás enterando? Vamos a ver, ¿de qué estaba hecha la casita de la bruja?

–Deocolata.

–Bueno, bueno. En ese caso, sigamos...

¡Las madres! Ahí la tengo, viejecita, con su bastón, recorriendo incansable el pasillo.

### III

Paz –doña Pacita– representó para mí otra de tantas madres como uno quisiera haber tenido: benditas mujeres. Ella, con el tacto y el pulso de su mano delicadísima, me enseñó, antes de ir al colegio –y en un colegio, por cierto–, a escribir y dibujar; o a escribir dibujando, otra cosa no era aquel copiar letras tan esbeltas y tan bellas.

No se trataba, sin embargo, de la primera vez que cogía el lápiz y la pluma; había que tenerlos a mano, de continuo, con mademoiselle Jolly, la francesa que, antes de que cumpliésemos tres años, se trajo mi padre de París para iniciarnos a Merceditas y a mí en los saberes necesarios... para estorbar nuestros juegos.

Mademoiselle Jolly no era una institutriz al uso –una jovencita extranjera en busca de un medio de vida–, sino algo especial: un familiar; una invitada; una persona muy apreciada por mi padre; y querida de mi madre, pendiente, sin falta, de las personas débiles. Su papel cerca de nosotros sería, por tanto, más el de una tía soltera que vivía en París y procuraba entretenernos, que el de una profesora y maestra en modales y urbanidad. Para lo que ca-

recía de cualidades; no contando con la energía necesaria para gobernar niños –siempre caprichosos–, ni capacidad suficiente para establecer un plan de actividades; revelándose la inconstancia en persona, cuando se trataba de llevar adelante tareas ya emprendidas.

Cada día hacíamos algo distinto; y ello, según soplase el viento o amaneciese el día, constituyendo una de las actividades más comunes con ella, pintar y dibujar, para lo que nos tenía la tarde entera con los lápices de colores en la mano. Allí me ejercité, por primera vez, en los palotes, y en la construcción de casas y más casas, con su chimenea de copa y el hilito de humo.

Voy a esbozar un retrato de esta mujer, porque, aunque su paso fue fugaz por mi existencia, su imagen, no obstante –tristemente ya, en forma de sombra–, estará presente en uno de los episodios más hermosos y desesperantes de mi vida.

Mademoiselle “Tristesse” –como la llamaba mi madre– tenía alrededor de veinte años. Era alta y de cuerpo muy erguido, pero con unas carnes vacías, que se contenían cómodamente en unas curvas apenas esbozadas –estoy contemplando una foto familiar que tenemos con ella en la playa de Biarritz–. Lleva –o llevaba– unos vestidos blancos muy holgados, que colgaban de su esqueleto lánguidos y como exhaustos. Poseía, sin embargo, un rostro bonito y armonioso –muy pálido–, y una expresión risueña, pero con un tinte infinito de tristeza. Tenía, más o menos, el aspecto enfermizo de las personas que hacen temer vayan a vivir poco; lo cual, por desgracia, se confirmó: ésa es nuestra vida.

No acierto, sin embargo, a desprender la mirada de esta imagen. Por la persona a quien quiere evocar; pero, también, por ese indefinible estado de nostalgia que se apodera de mí cuando contemplo fotografías viejas. Me quedo enganchado en esos ojos

—muy hermosos—, y esa figura parece adelantarse queriendo decir algo. La siento cerca; y veo surgir en mi interior un sentimiento de cariño que podría llevarme a besarla; no importa que la persona haya representado poca cosa en nuestra vida.

Mademoiselle Jolly hace mucho tiempo que es cenizas; y ello despierta en mí un sentimiento de compasión indescriptible. Pero ahí, a su lado, estoy yo, con mi sonrisa amplia y radiante; bobalicona también, indicio de quien aún no se ha asomado a la vida y su experiencia.

Debo advertir al lector que, para mi vergüenza, soy llorón. Pero no de hipos y espasmos, sino de lágrima solitaria: ésa que brota de una punzada de emoción, con quiebro de la voz y un suspiro incontenible. A veces, la advierto temblar en el ojo, tratando de sujetarse al párpado para no caer y dejarme en ridículo. Si alguna vez acertases a ver una página con la letra corrida, ése soy yo; y ya lo advertí, aunque pienso, de nuevo, disculparme.

Cómo pudo traer mi padre esta mujer a nuestra casa, y quién sea aquélla a quien este bello rostro quiere evocarme, son parte de mi historia, que encontrarán su momento.

A mis cuatro años, entonces, de la mano de Paz —doña Pacita—, trasasé la puerta de un colegio de monjas en el que, además, sólo se admitían niñas, viniendo a caer, como del cielo, en medio de una clase repleta de princesas. ¡Qué bien me sentía! Y como eran mayores que yo —y casi mujercitas—, enseguida me adoptaron por su niño precioso. ¡Que adorables son las mujeres en circunstancias así! A veces, mi profesora —¡que era muy seria, de monjas adentro!—, tenía que moderar el acceso de las niñas a un infantito tan guapo —de verdad, no lo era—; y tan gracioso —cabe—.

Paz —doña Pacita—, de la que tengo un recuerdo táctil y una presencia acariciadora, era, a sus treinta años, una solterona más

de aquellas que, sin razón alguna, produjeron los tiempos. Parecía que el celibato fuese el estado natural para una maestra. Una gran pena, porque doña Pacita sería hoy una de las madres más dulces y tiernas.

Le unía a mi madre una gran amistad, muy antigua y singular –de continuo, hablando de libros–, y nos visitaba con frecuencia.

Al verme por primera vez, debió de cobrarme un cariño extraordinario. No me quejo. Siempre fui un niño muy querido; con la venia de aquellos que no pudieron, o no supieron serlo. Era el caso, que muy pronto intuí que me sería imposible vivir –y esto se convertiría en norma de vida–, si no tenía contentas a las mujeres que estuviesen a mi alrededor; y, en particular, aquellas que, por gustarme, yo pudiera rondar; o ellas me rondasen a mí, por gustarles. Uno se encontraba en esa edad gozosa en que una sonrisa pícaro y abierta conquistaba, sin más, los corazones de mujeres que hoy serían poco menos que imposibles. Aún utilizo este recurso –con las mejoras, matices y discreciones a que obliga la edad–; y seguiré haciéndolo, al no existir manera mejor de atraer y sujetar una mirada –es decir, seducir– que una sonrisa amplia e ingenua, mientras, por debajo, las intenciones más perversas pueden estar haciendo su juego.

Doña Pacita llegó a profesarme un cariño tan grande, que el corazón le dijo, sin otras razones, que era el chico más listo del mundo. Por ello, pidió a mi madre que me dejase asistir, de cuando en cuando, a sus clases en el colegio de mis encantos –el de las monjitas–; dichas, del “Zapatito”, sin poder yo precisar si el nombre les venía del zapato que calzaban –de tacón; y éste siempre de aguja–, o del aire que un día les dio para elegir tan preciosísima prenda, y distinguirse así de sus hermanas en religión, las Descal-

zas; con colegio menos pudiente –como corresponde–, y que tenían el suyo cuatro calles más arriba.

Ya en tiempos de mi admirada Teresa de Cepeda, existían entre las comunidades de monjitas rencillas que se disolvían en llamarse distinto; o contrario, para demostrar, ante quien fuere –el ojo de Dios–, que ellas eran tan necias como aquellas de las que pretendían distinguirse.

Pero puedo irme un poco lejos, si comienzo a hablar de mi devoción a Teresa de la Mancha, como yo acostumbraba a llamarla. No porque deshiciera entuertos; sino porque entuertaba mujeres y más mujeres para apretujarlas en los conventos, dejando en desolación inmisericorde los lechos de licenciados, bachilleres, alguaciles y escribanos; quienes, a falta de otros consuelos, la emprendían con cualquier elemento de piel, pelo o pluma, que se viniese al caso. Si no caían en el pecado nefando; siempre disponible, en la figura de un pariente o vecino que llevase con garbo el jubón de aquella ingrata que los dejó por “las sin zapatillas”; las cuales, a saber cómo se entendían entre ellas en asunto de pelos, pieles y plumas; éstas, de escribir –sin dudarlo–.

Paz –doña Pacita– se empeñó en introducirme a la escritura –en su caligrafía– cuanto antes. Entendía que una letra bonita y con personalidad no se lograba en cuatro días, sino después de largas horas de dedicación a estilizar el trazo. Además, una letra fina, segura y con estilo era el no va más del ornato en una persona de precio. Letra que acabé consiguiendo –es uno de los pocos orgullos que me quedan–, y que el lector tendrá ocasión de conocer, si gana honra y fama con ésta, mi historia, o logro vender el original a una universidad americana. En el caso contrario, acabará, como tantas obras maestras, atascando las conducciones de los cuerpos sólidos.

Sentada doña Pacita a su mesa de tapete, y yo en mi pupitre, para abrir boca y arrancarme la primera sonrisa cómplice, tiraba del

cajón de las gomas, de donde extraía –parecía inagotable– una de aquellas voluptuosísimas gomas de borrar, que ella me regalaba, y a mí me encantaba acariciar en el cuenco de la mano. Aún pueden conseguirse –parecidas–; y su característico olor, ligeramente frutal, y la suavidad al tacto me llevan –no me sucede lo mismo con las magdalenas– a aquel pupitre reluciente en que yo me sentaba, al costado de su mesa; prestando, de paso, un perfil que –con humildad y un puntito de orgullo– conservo aún interesante, a las adorables niñas mayores, algunas de las cuales estarían pensando en casarse conmigo; y yo con todas –¡harén bendito!–, así eran de guapas, y yo las quería tan de veras.

Doña Paz –Pacita– me sentaba al pupitre, y después de serenar los corazoncitos de las niñas, exaltados por la novedad y el encanto que debía de emanar de mi temprana cara de pícaro, sacaba del armario un cuaderno con letras elegantísimas: como ésas que se ven en hierro en las puertas del parque. Lo abría ante mis ojos; marcaba dos líneas, una abajo y otra arriba –entre las que yo debía copiarlas–; y haciéndome una caricia en el pelo, me acercaba el tintero, porque, la pluma, la tenía yo en la mano desde el momento en que llegaba.

¡Ah, se le ha olvidado el secante! Los veo hermosísimos, con sus paisajes llenos de verdor por uno de los lados; y por el otro, la pulpa esponjosa, afelpada, con su indefinido color de helado de limón; tan agradables de tocar, y también de llevarse a la nariz. Había unos muy grandes, y de un suave color lila, que juraría olían a jacinto.

Con tantos atractivos a mi alrededor –incluidas las princesas–, era imposible concentrarse. Me salía de las líneas, deleitándome en secar una y otra vez las letras que hacía –grandísimas–, sólo por el gusto de ver cómo la tinta corría por los surcos y ca-

vernas del secante. Unas veces, en forma de rayo veloz, siguiendo la línea; y otras, extendiéndose a un lado y otro, como si la tinta no acertase a seguir su camino, o estuviese enfurruñada. A veces, incluso, dejaba caer adrede unas gotas que hacían un borrón, y que secaba de inmediato para ver cómo la tinta se extendía a su alrededor: como en una explosión –¡nuclear!–, vista desde arriba.

Doña Pacita, que era buenísima, tenía una paciencia de santa. En cuanto podía despistarse de las niñas, venía hacia mí y cubría mi mano con la suya para conducirla en el trazado de aquellas letras vistosísimas. Qué difícil representar el frescor del tacto de su mano; la blancura y tersura de la piel; la caricia envolvente de los huesos de sus dedos y palma sobre esta mano, que seguía a la suya, como acurrucada debajo y al calor, por los toboganes de las letras mayúsculas -la C, la D, la O, la Q, la R; la L, magnífica-. ¡Y cómo pintar el tintineo de sus pulseras de oro, y los golpecitos que daban sobre mi muñeca, con la sensación en la piel de un ligero y vibrante escalofrío! Me encantaba ver y oler el carmín rojo sangre de sus uñas, y observar cómo avanzaban sobre los dedos de la mano, muy largas, orientándolos en su marcha, o despejando del papel alguna nubecilla que quisiera hacerse pis para jorobarnos el trazo.

Yo me dejaba llevar y llevar, sin apenas mirar al papel y cerrando los ojos, para disfrutar de aquel momento mágico. Y como tenía costumbre de meter la mano izquierda debajo del pupitre –¿se me iría ya a los territorios del apéndice?–, ella me la alcanzaba para sujetarla bajo la suya, insistiendo: “las manitas han de estar encima de la mesa”. A veces, me zafaba de la presión de su mano, para que volviera a cogérmela, y percibir, de nuevo, ese frescor y delicadeza de tacto, al aprisionarla entre sus dedos. Y así, con mis dos manos, pequeñas, dentro de las suyas, grandes, me

sentía, por entero, unido a ella; tanto, que, si llegara a darme un beso en el cuello –“a ver, voy a esperar... Nada, hoy tampoco”–, por ligerísimo que fuese, me abandonaría a ella, durmiéndome en el acto.

Me sentía tan bien –¡aunque doña Pacita me reñía cariñosa e insistentemente porque ponía poco empeño!– que, agradecido, levantaba mi cara para regalarla con mi mejor sonrisa pícara. Y era que –¡oh, dulces disimulos!–, al elevar la cabeza, ésta oprimía sus pechos, que debía de tenerlos grandes y bellísimos, y que a mí me encantaba sentir en toda su extensión sobre mi cuello. Cuando tenía que bajar la cabeza –¡oh, odiosa deuda al disimulo!–, percibía cómo, al inclinarse doña Pacita sobre mí para guiar mi mano, aquéllos, en su redondez, me golpeaban sobre el cuello. Llegando a envolverlo por completo con sus bolsas turgentes, en el momento en que ella se acercaba para decirme al oído “¡Así, así está bien, mi querubín!”, mientras afirmaba su mano sobre la mía, para guiar el trineo de mi escritura que, veloz, iba dejando sobre la nieve de la página una estela de letras –¡que bonito!–.

Cuando sus pechos caían sobre mí, la sensación era envolvente y agradabilísima, produciéndome, de inmediato, un cosquilleo, que me subía por el cuello –como una culebrilla– hacia la nuca, provocándome allí un repentino y gratísimo amago de sueño. Otras veces, advertía cómo su blusa de seda se deslizaba sobre mi cuello, apenas rozándolo, y llegaba el botón que cerraba el escote, y luego, un vacío. Momento en el que yo levantaba la cabeza para sonreírle de nuevo, sintiendo sobre la piel, a través de la abertura de su blusa, el tibio contacto de la suya, en el arranque de los pechos; que parecían perderse en unas curvas sinuosas, y de perfiles muy redondeados –casi los imaginé–, hacia el descanso de mis hombros, sobre los que reposaban livianas sus bolsas opulentas y magníficas.

Así, yo le obsequiaba con mis sonrisas sinvergüenzas –también inocentes y púdicas– para sentirla más y más cerca, y regocijarme frotando con mi cuello la delicia de sus pechos; dentro, de lo que podía esperarse de la prudencia de un niño, que había salido escaldado de una pila bautismal, en asunto de carnes.

¿Y qué decir del roce de sus pezones endurecidos que, pícaros y juguetones, me golpeaban sobre el cuello con los nudillos de sus dedos invisibles, como llamándome, y a los que no podía regalar –¡oh, funesto disimulo!– con una de aquellas sonrisas mías? Porque, aparte del acto inmoralísimo –¡y en un colegio de monjas!– de volverme hacia atrás para mirarlos y, tal vez, guiñarles un ojo –para quedar después extasiado contemplándolos–, ¿no supondría ello, también, un atentado contra la castidad, con nefanda perversión de menores; el más pequeño, yo?

Después de la amenaza de mi abuela con cortarme la mano, he aprendido a guardarla; y no fiarme de este espíritu inquisitivo mío, que podría llevarme a la perdición, como habría de hacerlo más; mucho más adelante.

¿Es posible que doña Pacita no se enterase? ¿O percibiría también, en algún momento, una sensación agradable, maternal y placentera –purísima, sin duda– que la invitase a dejarse llevar por los movimientos de mi cuello? ¿Y sus pechos mismos, por qué no habrían de sentir nostalgia, tal vez, de ese niño al que quisieran haber acariciado los labios con sus pezones, para, después, inundar su boca con esa leche, en la que tuvo que pensar Jehová, al inventarse el maná del desierto?

Más difícil resulta entender cómo pude disimularlo allí, delante de las niñas, aunque, una vez, advertí un dedo que apuntaba debajo de mi pupitre, donde mi mano izquierda debía de andar... buscando grillos. Lo único que llamó la atención. ¿Pero aquellos

espaciados deleites míos, con doña Pacita inclinada sobre mí; y yo, pidiéndole con sutiles movimientos de nuca que se echase más y más sobre mi cuello, para sujetarme, por fin, entre sus pechos y salir volando los dos, guiados por la estela de cientos de letras mayúsculas –a cada cual más sinuosa, pizpireta y delirante–, no habrían de llamar la atención? ¿Será que el arte de las letras –que alcanza a detener el tiempo– es capaz, también, de desdoblarlo en miríadas de partículas, para expresar sensaciones fugaces, velocísimas e inaprensibles, que tienen lugar en el instante más breve, y que son vividas en el corazón con la intensidad de una emoción que resumiese nuestra vida?

Con mi imaginación volando por todas partes, y en particular, en torno del busto maravilloso de la bondadosa de Paz –doña Pacita–, las letras de mi escritura carecían de importancia. A veces, desfiguraba el trazo, a propósito, o lo realizaba con una lentitud imposible, esperando conmover su corazón para que acudiese, cuanto antes, a salvar a este náufrago que se dejaba ahogar a gusto. Sentía su sombra caer sobre mí, con sus manos finísimas, sus amadísimos pechos, sus pulseras, el collar de perlas que se colaba con un escalofrío por mi cuello; su aroma y su perfume, que hoy el recuerdo me pinta de rosas y maderas de Oriente. Y luego, percibir sus delicadísimas palabras dichas, en un susurro, a este oído que, en este momento, quiero palparme para sentir el halo de su voz, su calor y tono acariciante, con notas de arpa o de cítara: “¡Ay, pillín, ya sé que te gusta que te coja entre mis brazos, que te diga palabras bonitas, que te adore, pero no me distraigas más, porque van a tomarte las niñas por un mimosillo!”

Aquello no me gustaba tanto, sintiéndome observado con displicencia por las niñas. A las que, para congraciarme de nuevo con ellas, regalaba con una mueca o un gesto de la mano, que ellas me reían –los labios de sus boquitas bien prietos–, y así como es-

condiéndose, mientras miraban de reojo a mi Paz, doña Pacita. Además, ¡las veía tan aburridas y extrañamente serias! Ganas me dieron, más de una vez, de ponerme a hacer piruetas sobre el estrado para que rompiesen a reír y saltar, lanzando sus cuadernos al cuerno. Pero doña Pacita –que era muy puntillosa en cosas de orden– me hacía un ¡seriosísimo! gesto de reprobación con la mano; y yo volvía, ruborizado hasta la punta de mis pelos hirsutos, a mis letras, que acababan por nublárase delante de los ojos.

Era, entonces, cuando se apoderaba de mí el presentimiento atroz –siempre he sido fatalista en cosa de placeres– de que doña Pacita se cansaría un día de mí, prohibiéndome, en adelante, ver a mis princesas: ¡Dios mío, qué terrible! Por ello, de inmediato, me aplicaba a mi tarea, dibujando unas letras mayúsculas hermosísimas, que salían, como un hilito tembloroso, de aquel rincón del corazón donde yo llevaba a doña Pacita y sus niñas. Entonces, volvía a realizarse el milagro de la presencia de doña Paz sobre mí, con un entusiástico “¡oh!” que yo quería se transformase en beso, pero que las normas, al parecer, lo prohibían, y que ella habría de darme, de monjas afuera.

Advertí en doña Pacita también, en ocasiones así, el sentimiento de ternura que nos lleva a buscar los labios del otro; momento en el que el rayo imperativo del orden impedirá que depositemos la crisálida formada con el tisú de nuestros labios, sobre los otros, que, al chocar con los nuestros, producirían ese “chus”, del que saldría volando nuestro beso.

Allí descubrí, por primera vez, el placer de crear signos y observar la belleza de la línea, en la manera que tenía, unas veces, de quedarse atrás en nuestro trazo; y otras, seguirnos, a los talones, como caracoleando, al ritmo de esa melodía callada que brotaba de nuestros corazones que, abrazados, tic-taqueaban al unísono. Allí

vi, también, los millares de líneas que trazaría en la vida, con la presencia bendita de doña Pacita guiándome detrás; y a la que contemplo –he de decirlo, para mi vergüenza–, más con los ojos puestos en el cielo, o con la palma de la mano sobre ellos, que sobre mi trabajo, al que trataría de ignorar. Eso sí, ella que era tan piadosa, estará rogando al creador que, en la hora postrera, se apiade de este niño tan perverso.

Echaría en falta, sin embargo, en adelante, el roce tibio de sus pechos –cenizas hace ya mucho tiempo–, pero presentes, vivos, turgentes y acariciantes, en esta desbordada imaginación mía, que, burlando al tiempo, les ha dado veinte años más de vida –vivió setenta y uno–; y seguirá adelante, desafiando al destino que, por ineluctable, ha de tenerse por el más redomado sinvergüenza.

Las monjitas también me querían; pero a su manera y, sin falta, como a corderito pascual.

–¡Dime, Hilarito, ¿por dónde van al cielito los angelitos?

Me preguntaba sor Piedad que, con la complicidad de otras cinco monjas, buscaba hacer unas risitas –sanas, santas, muy medidas y discretas–, disfrutando de las gracias de un niño tan curioso. Yo, dibujaba en mi cara la sonrisa que esperaban, entornando los ojos y cerrando los labios –como para contener un estallido de risa–, al tiempo que, con un dedo estirado, que me salía por debajo del brazo, apuntaba hacia la copa de la palmera del patio.

–¡Muy bien! ¡Muy bien! (Risitas, aplausos; y una rosquilla a mi bolsillo) Y ahora –como extrañándose–, ¿dónde estará Jesucito –se santiguan–, que tanto quiere a los niños buenos?

Yo, gesticulando lo mismo que antes, y en la misma posición, giraba el dedo apuntando a la capilla.

—¡Qué bien, qué bien! (Risitas, aplausos; y otra rosquilla a mi bolsillo)

—Y ahora, a ver cómo recitas la oracioncita de irse a la cama.

Se acabaron las muecas; había que ganarse los bombones. Me santiguo, entonando, elevado y dulzón:

“Jesusito de mi vida,  
tú eres niño como yo,  
por eso te pego tanto  
y te rompo el corazón.”

(Sin bombones, por hacerme el gracioso)

—¡Oh, no, no! ¡Qué malo, qué malo!

Me reprendía sor Angustias con su mano deslavada y regordeta mientras las otras se perdían en santigües.

—Ahora, para desagraviar a nuestro señor—redoblan los santigües—, ¿cómo es el cantiquito de dirigirse al altarcito, cuando hagas la primera comunión?

Me recojo, buscando mi mejor voz de tiple: hay que recuperar los bombones. Estiro las notas—les encanta—, y de mi boca sale una larga cinta sonora azul cielo, que se mece en el aire, buscando entrar en la capilla por debajo de la puerta:

—“¡Laaa puertaaa del sagraario quién laaa pudiiiera abriiir...!”

Tocadas en sus corazoncitos de gelatina de fresa, cruzan las manos sobre el pecho y se unen a mí, aladas y levísimas, las seis gargantas melifluas en un falsete chillón:

—“¡Jeesús, entraaar quereemos, llegaar a tiii!”

La emoción les empaña los ojos y la voz. Hay que repetir. Esta vez, juntan las níveas manitas en gesto de adoración, y emprenden el vuelo hacia lo alto, repitiendo el verso un par de veces

más. Habrían seguido incansables, pero a mí se me agolpaba la risa en la garganta. Acabaron por bajar de las alturas, para quedar mirándome sorprendidas, como si no me conociesen, ni supieran dónde están. De repente, rompen en aplausos.

—¡Muy bien, muy bien, Hilarito, muy bien!

Yo aprovecho para hacerles un bis:

—“Vamooos, niños, al sagrariooo, que Jesús, lloraaando está, perooo en viendo a tantos niñoos, muy conteeento se pooondrá!”

Se unen a mí, elevadísimas, y revoloteando por el cielo del patio, las doce alitas canoras:

—“No llorees, Jesús no lloores, que nos vaaas a hacer llo-  
raaar, pues las niñas del coleegio te queremos consolar”.

Sin prever el final de la frase —para bajar en condiciones—, quedan las seis en suspenso, colgando del alero. Aprovecho para mirarlas por debajo del hábito. Entono otro bis para ponerlas, de nuevo, en movimiento, y así, flotando en el aire, descendan, abriendo en paracaídas las sayas. Resulta. Toman tierra de patio, repitiendo mi verso, y dejando en el aire un revoloteo de seráficos plumones.

Me aplauden entusiasmadas. Y llevadas del fervor, o de cierta ebriedad espiritual, después de mirarse unas a otras —yo les busco los labios—, se atreven, por fin, a besarme, una por una, en orden; y con turbación, en la manera de palparse el punto en que ha vibrado mi beso: felices, de haber cometido un pecadillo que ha sabido tan bueno.

Tal vez —aún más lejos—, sintiesen un algo de sensualidad pecaminosa en el tisú de sus labios estériles; y ¿por qué no, un imperceptible e indefinido escalofrío en sus cuerpos lozanos, provocado por ese deseo arcano, oculto y tenazmente olvidado, de sentirse carne de carne, y alma de alma, en un abrazo que Dios ha de bendecir?

Me cayeron los bombones. Ofreciéndoles yo, a cambio, mi sonrisa de pícaro, que tan bien sabía dibujar, y prodigar a aquellos que me hacían sentir importante.

Quién sabe si, también, fui para ellas algo más que “ese mocoso tan simpático”; poniendo una nota alegre en aquellas vidas, tan grises, por lo demás, como el sayal que vestían: símbolo, en la vida de una mujer, de la esterilidad de las cenizas.

Por las noches; muchas noches, soñé con doña Pacita, viajando por los aires contra el viento –mis manos cogidas entre sus manos; mi nuca sintiendo el aliento de su boca; mi cuello sujeto entre sus pechos–, mientras los pies impulsaban nuestros cuerpos, como si voláramos nadando. Detrás –y lanzando al aire hojas coloreadas de cuaderno–, nos seguía un ejército de princesas, con guirnaldas en el pelo y zapatitos; cerrando el cortejo, mis monjitas, que repartían besos a todos los aires, besándose también –¡qué atrevimiento!– entre ellas. Sin faltar, en la cola, sor Castidad –mi preferida–, que cosía, sobre la marcha, un punto de las medias de mi princesa predilecta, Agustita, con la que, seguro, me iba a casar.

#### IV

Carmencita representaba, a sus seis años, el sueño de cualquier niño que pudiera enamorarse. Era alta, graciosa, muy exquisita en el trato –siempre dando besos–, y de una belleza, incomparable. Poseía, además, un aire tranquilo y como de persona mayor, y un estilo y una gracia en los gestos, que anunciaban –con estas cosas se nace– la gran señora que habría de ser en su momento. Pero como no se puede ser afortunado en todo –y esto es común a las mujeres hermosas–, fue, también, mujer muy desgraciada en amores.

Mi padre, atento al despuntar, florecer y abrirse en esplendor de las mujeres, ya lo intuyó a sus trece años: “¡Cuidado que

Carmencita se está poniendo preciosa! Esta niña apunta muy alto. Verás, en cuanto desenvuelva la corola: ¡la orquídea más primorosa que llevarse a los labios! Ten cuidado, Carmenchu, no te la birle antes de tiempo algún idiota. Aunque para eso está aquí mi Hilarión –un codazo y un golpe seco sobre el hombro–, ¿a que no te importaría echártela de novia? Resérvamela un tiempo, a ver qué saco de éste”.

Poca cosa, he de anticipar. Ruborizado de los pies a la cabeza, trataba de salir adelante, ante la socarronería de mi padre. Me estiré cuanto pude para aparecer natural y digno, dirigiendo una mirada comprensiva y luminosa a la belleza sin par de Carmencita –sentada al otro lado de la mesa–, la cual enrojeció de cuerpo entero –supongo–, sosteniéndome la mirada por un instante, en el que vi cómo el vapor de nuestros rubores dibujaba en el aire un balanceo de corazoncitos de seda carmesí, que se hacían chus-chus entre amorcillos. Pero no nos adelantemos al tiempo; harto se encargará él de resumirnos la existencia.

Con Carmencita, aprendí a besar a una extraña; porque los tiernos besos de Merceditas, después de un tiempo, sabían demasiado a conocidos, y eso de tenerlos a mano, les quitaba encanto y misterio.

Carmenchu, la mamá de Carmencita, era asidua de nuestra casa, trayendo a jugar a su niñita. Carmencita y yo conversábamos a besos. Porque, a cada movimiento que yo hacía, arrastrando mi tranvía, o acostando a su muñeca, “nuestra nena”, en la cunita –con una verborrea espantosa que sólo buscaba disimular y hacer tiempo–, me daba de inmediato la vuelta para buscar sus morritos, que nunca se me negaban; respondiéndome, al punto, con un delicado chus-chus de chispita sobre la pila del agua: como un día advertí que se besaban el suelo de piedra y las gotas de lluvia.

Convirtiéndose, así, nuestro puntual encuentrito besuquero en un alimento, o cuerda de resorte que fuera necesario enroskar con regularidad para que nuestros corazoncitos siguiesen latiendo.

Merceditas, mientras tanto, ajena a nuestro trajín, prodigaba cariños –¡o reñía con tiernísima severidad!– a su muñeca pelona, sin olvidarse de venir, de cuando en cuando, a buscar un beso mío, que le pedían sus celos, y con el cual parecía asegurarse de la continuidad de mi cariño.

Había llegado mi cumpleaños; y el de Merceditas, que me siguió a este valle de lágrimas en muy breves días. La casa bullía en niños; y en amachus, que, en gallinero, devoraban, entre copitas de moscatel, los buñuelos de viento y pastelitos de Pascua, que, con tanto primor, había preparado para nuestro aniversario la buena de Clemencia.

En mi habitación, los niños y niñas se repartían los juguetes, mientras yo supervisaba, cual mandarín de aquel espacio, el ajeteo de cuerpecitos y voces.

No me gustaron los niños. Mi madre, tan educada y deferente, había invitado a tres niños vecinos –sólo por serlo–, a los que vi como intrusos en mi jaula de pollitas. Sería necesario afirmar mi territorio. Por lo que, al punto, emprendí mi consabido besuqueo con la adorable Carmencita, y que luego extendería a Nievécitas, a Pilarín y Mari Rosi. Respondiéndome ellas con prontitud y delicadeza; indiferencia, más bien, absortas, como estaban, en sus juegos con las muñecas de plástico que mi padre había traído de París, y que con tan buena disposición les prestaba la generosidad de Merceditas.

Uno de los niños, Caetanito –al que más adelante llamaríamos “el gaitas”, por chuparse el dedo gordo–, quiso probar el jueguito, no ocurriéndosele otra cosa que buscarlo en Merceditas. Ella, atenta –prefiero pensarlo así– a sus cosas de muñecas, no se

le negó, dejándose dar un sonoro chus-chus, de aquel insolente, en sus ¡tiernísimos labios! Me quedé petrificado. Sólo por un instante. Porque, de inmediato y sin que mediara palabra, le pegué un empujón, con un mordisco en el brazo, que lo llevaron contra las puertas del armario.

“¡Ayvá, se están pegando!”, se les ocurrió decir a las niñas, que levantaron levemente la mirada. “El gaitas” que, por entonces, no tenía aún claro qué dedo chuparse, rompió a llorar, poniendo el grito en el cielo. Una repentina iluminación –muy prematura– me llevó, antes de que saliese como centella para chivarse al gallinero de las madres, a cogerlo entre los brazos y asfixiarlo un poquito para que no pudieran oírle. Le planté dos sonoros besos en la mejilla, prometiendo dejarle un día mis patines, si era tan bueno de callarse. Resultó. En cuanto a Merceditas, le advertí que aún se hacía cacas, y a mí me daría asco besarla. Ello, acompañado de unos gestos de repugnancia tales –sólo saben hacerlos los niños–, que el otro, frunciendo la boca en un gesto significativo, se pasó la palma de la mano a lo largo de los morros para borrarle la huella del beso de Merceditas. El cual, juraría, haberlo visto caer rodando al suelo; tan grande era el empeño que el “flautas” ponía en arrancárselo. Lo habría recogido, devoto, pero se perdió entre tanto zapato de charol, que movían unos preciosos calcetines de perlé, con caladuras y puntillas, que, por aquel entonces, debieran haber hecho mis delicias.

Pero había una niña, Inesita, que se negaba a dejarse besar, sin más explicaciones que unos vastos y groseros manotazos. Me pareció muy mal. Tanto, que decidí arrancarle el beso, sin más contemplaciones. Fui hacia ella con los brazos abiertos y, entre ellos, una tiernísima sonrisa. Imposible, nuevos e insistentes manotazos. Aquello parecía incomprendible. Por lo que, me armé de

paciencia, recurriendo a otros argumentos que conmovieran aquel corazoncito de piedra. Con una mueca de amargura y decepción, acudí al recurso de los débiles: quejarme y suplicarla.

—¡Jolín, dámelo! ¡Si no me lo das, no te quiero y no te ajunto!

La amenaza quedó conmovedora. Nada, ni inmutarse. Más terca que una mula. Y eso que le presté la mejilla, renunciando a recibirlo en los labios; temeroso de que se me fueran los dientes detrás, y cobrármelo en carne. Me advirtió amenazando:

—¡Se va a enterar mi amachu ahora mismo!

No sé qué de malo podía haber en ello. No le dio tiempo. El recurso me pareció tan infantil que, sin pensármelo dos veces, le di un buen tarisco en el carrillo. Lo que pasó después, lo saben todos los niños. A los gritos histéricos de la imbesable, acudieron las madres, mientras las niñas levantaban de nuevo la mirada para constatar un hecho muy cierto:

—¡Ayvalé, le ha mordido!

Allí quedamos plantados, cara a cara y por unos instantes, la marcada; y aquél que cerraba los labios para decir que aquí no había dientes.

El tropel de las mujeres se dibujó, de inmediato, en la puerta. Como los otros estaban a sus cosas —¡oh ingrata flema de la infancia!—, no fue necesario preguntar por el verdugo, y menos, por la víctima. Las madres pidieron explicaciones; que yo di a la mía, levantando el dedo y apuntando a la que aseguraba, a la suya, que se estaba muriendo; en un paroxismo de ayes y amachus, que, consternado, me alcancé los dientes con los dedos para comprobar si, en el arrebató, no me había llevado algún trocito de carne.

Cedió, por fin, la marcada, a los requerimientos de la madre, llevándose una mano a la mejilla —en la que sonreían las huellas de mis dientes—, y apuntando con la otra al propietario. Las madres,

no sabiendo cómo salir del paso, se miraron la una a la otra, entendiendo que había que restarlo importancia:

–Hija, qué se les va a hacer, son así, no dejan de ser niños.

Aunque un instante después, su madre quedó lívida al contemplar la muy lucida estela de mis dientes de leche. Mi madre, aprovechó para reprenderme por lo bajo:

–¡Mira lo que has hecho! A tu edad, mordiendo a una niña tan guapa. Y justo hoy, tu cumpleaños, ¡qué vergüenza me haces sentir, hijo mío!

Me llegó al alma. Nunca había oído a mi madre palabras tan duras. Pero no lloré, porque no me creía culpable. Acepté la reprimenda, y pedí perdón, bajando compungido la cabeza. Una lágrima traidora, a punto estuvo de delatar un corazón que, aun mordiéndome la lengua, quería expansionarse. Admití mi culpa, y aquello pareció borrarlo todo. Sólo quedaba la sesión de parabienes. Con mi madre:

–Hilarión, hijito, demuestra a Inesita que la quieres –¿verdad, Jesusa?–, y dale un beso y un abrazo muy fuertes.

Con Jesusa, a su hijita:

–¡Si no ha sido nada, ¿verdad, amorín? (Por dentro) “¡Bien te ha marcado los dientes, el desgraciado! ¡Te rompería la cara, mocososo! Y tú, palurda, ándale con besuquitos y pamplinas!” Con lo que quieres tú a Hilarín (“¡Desgraciada!”, yo). A ver (apretando los dientes) dale un beso.

Inesita atendió el ruego de la madre. Y entre hipos y suspiros, dejó caer sus brazos, como desarmada, a la espera de mi beso. Me enterneció, y desarmó, a la vez. Nunca antes la había visto tan guapa; y tan mujer, con ese encanto conmovedor que ponen las lágrimas en las mujeres heridas. Le di un abrazo y tres besos sobre lo que restaba de mis dientes. Ella, entre los suspiros con que su

corazoncito desinflado recuperaba el ritmo, me depositó uno solo y tembloroso, pero cálido; beso, que apenas rozó mi mejilla y que, sin embargo, tenía el encanto de lo grácil y etéreo.

Pero no dejé de advertir que, mientras yo ponía sobre su mejilla mi beso; en sus labios, aquel traidor que yo andaba buscando me sacaba la lengua. Con la constancia de los niños para conseguir el juguete que anhelaban, me prometí que aquel desalmado llegaría un día a mis labios. Y no lo olvidé. Siguiendo tras ello, con esa fijación infantil que no entiende de medidas ni reservas; y que, por desgracia, perdemos al crecer, cuando más necesaria ha de sernos, para el cultivo adecuado del deseo.

Lo que, sin duda, aprendí del libro de la vida, fue que, si una mujer no se dejaba besar, lo acertado era morderla; acabando ello en muchos más besos, y más tiernos, de lo que, en un principio, podía prometerse... Con el aliciente de que supieran distintos, y más sabrosos; sabrosísimos –amabilísimas doncellas virginales–, si ellos fueran en mis/tus/sus/nus labios.

Mientras tanto, en el salón, mi padre y Carmenchu –la mamá de Carmencita– preparaban los muñecos de guiñol para una nueva aventura del tío Cachiporra.

Estaban ensayando dentro del tinglado, imitando voces –unas carrasposas, y otras aniñadas– mientras agitaban los muñecos, partiéndose de risa. Yo, que aquel día me sentía importante, quise demostrar a los tres mocosos de vecinos que, además de cuidar del corral, estaba al tanto de todo. Me dirigí al salón para ver cómo iban las cosas. Con esos movimientos imperceptibles de los niños, que se presentan sin hacerse notar en el momento más inesperado –y menos deseado, también–, aparecí, cual fantasma, entre las telas del guiñol; y allí... Pero antes he de hablar de una señora que a mí me quería mucho, y con un cariño sorprendente.

Carmenhu, la mamá de Carmencita, me quería de manera exagerada. Llegado el momento, diríase que me quisiera más que mi madre; mujer, por lo demás, comedida en las manifestaciones de afecto; y éstas, más moderadas que expansivas. Mi madre quería en silencio. Algo que, tal vez, no se pueda ver, pero se siente, como se sentía al ángel de la guarda; que decía mi abuela. Mi madre amaba con una sonrisa –su sonrisa– y un revolverme el pelo, en una caricia, que me producía en el cogote un placer indescriptible. Y si, además, me decía “¡guapo!” por lo bajo, y añadía, apenas rozándome con la boca la pelusa del oído, “¡a ver, a qué sabes hoy, golosillo!”, yo depositaba en sus labios, siempre secos, mi beso emocionado; absorbiendo, con el suyo, ese calor y aroma que sólo se encuentran en los labios de las madres; y que yo llamaría hálito de vida; al no existir para mí, en aquel momento, mayor bendición.

Pero podemos irnos un poco lejos. Los duendes de los celos me han llevado a cantar los loores de mi madre, ante una mujer que me amó, y yo la amé. Quédese ahí, de momento. Ella sería también quien, en mi pubertad, animara los más encendidos de mis sueños. Por ello, tanto más viva es la imagen que conservo de ella.

Carmenhu era el fruto en sazón de lo que en Carmencita podía prometerse; así lo expresaría mi padre. Mujer y señora de corte magnífico, superaba, con creces, la belleza de mi madre; según puedo verla yo ahora, porque, entonces, no existía mujer como mi madre. Mi madre era eso: “mi amachu”; algo especial: “mi-a-ma-chu” –suena a beso–; única en el mundo.

La mamá de Carmencita lucía una figura esbelta y de talle delicado, con una presencia a sus cuarenta años –la estoy viendo a mis veinte–, que le hacían envidiable a mujer, y deseable a hombre; éste, de verla tumbadita sobre la almohada. Estaba en esa edad

gloriosa en que florecen por segunda vez las mujeres –sólo las casadas–, con una plenitud de rasgos y rotundidad en las formas, que quién diría que no les hubiese sentado de maravilla los quince o veinte años que llevaban sujetas a silla –y espuela– de marido; quien, entre abusos, disgustos, indiferencias y decepciones sin número, sorprendentemente, las había dejado guapísimas... Para otro; que, a la mano, fuese avispado lo suficiente para acercarse a ellas, dispuesto sólo a escucharlas: “Ábreme tu corazón y cuenta”.

Era rubia, igual que Carmencita. Pero donde la niña había desarrollado un cabello liso y de hebras finísimas, la madre contaba con otro más grueso y de tendencia a ensortijarse, dando lugar a unos bucles, tan variados en la forma caprichosa de ondularse, que, en conjunto, prestaban a su pelo un movimiento tan bello y espectacular que, aun siendo feísima, le habrían hecho adorable. Adorable dos veces; porque las facciones que lo acompañaban en el dibujo del rostro, eran de regularidad extraordinaria; y de una finura y delicadeza en el pulido de las formas, que sólo he podido observar en las mujeres nórdicas. Su medio perfil era de una belleza inigualable; con una curva de melocotón maduro y lleno en los pómulos, que dejaban sobresalir, a media altura, una nariz, finísima de corte, y aniñada en los rasgos, por chata, graciosa y respingona. La cual, contemplada a medio palmo –como ha de admirarse la belleza de una mujer–, era para mordérsela de gusto; y comérsela al tiempo, a besos desesperados, por representar ella la guinda de un conjunto que, ahora que acabo de dibujarlo con estas letras frescas, quisiera besar emocionado y poseerme de él. Y de ella entera; antes de que las imágenes pierdan el lustre de la tinta: al no existir mujer que yo haya amado tanto, y ella me haya correspondido tiernamente.

Carmenhu se entendía de maravilla con mi padre; y con los niños, a quienes nos contaba, con un salero y una gracia inigualables, historias maravillosas. De princesas y príncipes; lo que, a simple vista, podría parecer un poco idiota.

Nos tenía embelesados. Porque sus princesas no eran como ésas de los cuentos –¡qué va!–, las suyas hacían pipí, también cacas –aunque esto menos–, y se cambiaban las medias de cristal todos los días. Presumidas, se miraban muchísimo al espejo, y nunca se gustaban.

Al levantarse por la mañana, se cambiaban las braguitas, y se limpiaban los dientes, para que las palabras de amor que dijeren a los príncipes, más tarde, oliesen a rosas. ¡Y ni esto se le escapaba! Porque, le preguntaba yo: “¿y cómo van a oler sus palabras a rosas si no las han comido antes, como dice Clemencia que pasa con los ajos?” Pues, sí señor, lo tenía previsto. Utilizaban cepillos de pasta de pétalos de rosa: ¡como los rosarios de la abuela! ¿Y el dentífrico? –¡pues ya está!–, un elixir de rosas blancas, que ella abría con las manos, olía en profundidad, y nos acercaba a la nariz, y de verdad, ¡olían a colonia!

Los príncipes eran despistados y un poco tontos: nunca parecían entender a las princesas. Y ellos no hacían pipí; se lo hacían en el calzón, los muy marranos, por no bajarse del caballo. Y había uno, Edelmiro, que cuando llegaba a las puertas de palacio, se apeaba del caballo y, ¡zas!, una meadita –¡qué cerdería!–, sobre un arbusto, el pobre, que no podía moverse de la puerta. ¡Y salía del palacio cientos de veces! Nunca le escuchaba: “¡Hoy no, por favor, ten piedad, que me matas!” Y era verdad, porque, al llegarle el pis al corazón un día de invierno, murió congelado, con dos lágrimas de hielo colgándole de su esqueleto de palo. Mandó arrancarlo –el sin corazón–, y plantar otro arbusto para seguir meando sobre ellos.

“Un segundito de tristeza”, nos pedía Carmenchu; callándonos, en ese instante, como muertos: como si desfilase, por delante de nosotros, el cortejo fúnebre de los arbustos del parque que hubiéramos meado alguna vez, por divertirnos.

Aquellos príncipes, perezosos y estúpidos, se pasaban la vida cabalgando. Además, se metían el dedo en la nariz; no se lavaban los dientes –masticaban, sólo, un chicle de sabia de pino–; y se divertían, los groseros, pellizcando en el culo a las princesas. ¡Y se tiraban pedos, los muy cerdos! Aunque los más fuertes eran los de los leñadores del bosque: “¡porrrrrroffff!” ¡Qué bien los imitaba! Nos desternillábamos de risa.

Pero, de repente, se quedaba pensativa por un instante, y como pesarosa, para decirnos: “Lo más triste es que querían más a sus caballos que a las propias princesas”. ¡Incluso, se le caía una lágrima, en forma de perlita! ¡Con lo que se periponían ellas para esperarlos en la ventana que miraba a las puertas de palacio!

Había una, Rosacruz –¡muy nerviosa ella!–, que, viendo cómo el viento agitaba las ramas de los árboles de la alameda que conducía a las puertas de palacio, se imaginaba que sus copas se apartaban para dejar paso a su príncipe; prorrumpiendo, en ese instante, y como loca, en chillidos de rata y saltitos de cabra, mientras se mordía los labios –¡qué barbaridad!– hasta casi hacerse sangre. Y le quedaban los dientes teñidísimos de rojo –¡como a Drácula!–, por pintarse los labios con cera de abejas y una esencia de moras de árbol. ¡Hasta nos contaba cómo se lo preparaban las amas viejas que, de continuo, iban con ellas!

Y lo mejor de Rosacruz era que, viendo que su príncipe no salía de entre los árboles, se desmayaba entera –¡pobrecilla!–, levantándose después, como aturdida, para suplicarle a la ventana:

–¡Ventanita, ventanita –le decía llorando–, ábreme las copas de los árboles y descúbreme el rostro de aquél que yo más quiero!

Y la ventana le respondía:

–¡Princesita, princesita, si yo tuviera manos, me pintaría delante a tu príncipe hermoso. Pero sólo tengo ojos –¡ojos!–, y no puedo ver más, aunque estiro bien el marco.

Y añadía:

–Anda, preciosa, dame un beso en el costado, que me duele mucho de irse la pintura, por tanto estirarme.

¡Increíble! Cuanto más las princesas lo ansiaban, los príncipes menos venían. Y cuando llegaban, ni se molestaban en mirarlas. Les decían “te quiero”; les daban un beso –que nunca les sabía a ellas a nada–; y no acertaban ni a darles conversación, los muy sosos. De inmediato, les decían adiós, y ¡hala! a cabalgar por su reino. Nadie entendería cómo tenían con ellos tantísima paciencia.

Así de bien contaba las historias. Pero había más. A veces, se ponía tristísima– ¡le caían lágrimas de verdad: de las que llegan al labio!–, y acabábamos todos en llanto, con dolor verdadero, por la muerte del papá de la princesa, o de aquel simpático enano. Pero cuando tocaba semejante barbaridad a las princesas, y a los príncipes buenos, entonces –¡madre mía, entonces!–, le desbordaban las lágrimas, y con el llanto en la boca, les acariciaba el rostro y el pelo, y –¡sorpresa!– les cantaba unas nanas hermosísimas, que arrancaban de nuestros ojos las lágrimas más gordas: ¡qué gusto daba llorar!

De pronto, cambiaba a la sonrisa más alegre, y hacía como si abriera un estuche, dando una fuerte palmada y un soplido, para que saliesen de él la princesa o el príncipe; ¡enteros!, porque, con las manos, les hacía más grandes que nosotros. Les ponía con cuidado sobre el suelo; les peinaba y estiraba los vestidos –¡a un príncipe, incluso, le sopló una caspa del hombro!–; les hacía después una caricia; y dándoles un abrazo y un beso –¡como platos

teníamos los ojos!–, les mandaba hacia la puerta para que volvieresen a su reino maravilloso.

Nosotros, tristísimos, pero contentos, cuando salían de la habitación, les tirábamos un beso y les decíamos adiós, pidiéndoles que volvieresen pronto. Luego, hacíamos como si espantáramos una mosca de delante de los ojos, gritando “¡Ahhhhh!” , para tornar a la realidad, e irnos a mi habitación a jugar.

Esta Carmenchu –señora de mis tiernos ensueños; y dueña, más tarde, de mis pensamientos más hermosos–, aún existe. Aunque con noventa años, la tenemos aquí; y esto me emociona: “¡Haz, Dios del cielo, que seres así puedan vivir eternamente!” (Disculpen)

Carmenchu había sido amiga de infancia de mi padre, y luego, compañera de juventud, en aquel grupo de teatro que él fundó; y que habría de reunirse, años más tarde, en plena guerra, para entretener las tardes de los niños, sobrecogidos por la lluvia de bombas.

Cuando ella llegaba a nuestra casa, era como si por la puerta entrara un rayo de luz; y con él, la presencia de una novia grande. De inmediato, abría anchos sus brazos, a los que yo trepaba de un salto, diciéndome ella, de costumbre:

–A ver, Hilarito (le perdono el nombre), ¿cuánto me quieres?

Me estrechaba entre los brazos, y yo le daba muchos besos.

–¿Eso sólo? ¡A ver cuánto más!

Yo me abrazaba a ella, y la cubría de más besos. Y me apretujaba contra sus ropas, tanto más, cuanto contaba con unos pechos extrañísimos. Muy subidos y abultados, y como detrás de una coraza que lanzase hacia delante dos arietes –sujetadores de entonces–, que fuera necesario sobrepasar para darle el más ingenuo de los besos. A mí me encantaba rozarlos, y percibir cómo los dos

conos se clavaban en mi pecho. Y tan intrigado me tenían sus formas caprichosas, que, luego, me pasaba la tarde entera buscando sus besos con ansiedad. Porque, al inclinarse para recibir en su mejilla mi ósculo más tierno, aquellos embudos, tan curiosos, se adelantaban hacia mí, dibujando en su centro un paso muy oscuro, que debía de conducir a territorios de fábula; temiendo yo, más de una vez, no estuviera hueca por dentro. Y para comprobar que estaba entera –pues yo la quería como a una segunda madre–, me colgaba de su cuello, apretando mi cuerpo contra el suyo, para comprobar que también tenía tripa.

Carmencita, al verme, acudía, de inmediato, a exigirme cuentas de aquel expolio de besos; encaramándose a su madre –con no muy buen agrado de ésta–, que la trataba de mimosa, acaraparadora, y poco señorita: ¿qué sería eso? Lo cual no era de extrañar, porque saltaba sobre ella de manera torpe, quedando colgada de su cuello con las piernas abiertas –como una rana–; mientras yo lo hacía de un brinco, aferrándome a su cuerpo, y apretando mis largas piernas en torno a su cintura, de avispa.

También advertí, a veces –y esto me encantaba–, que, al abrazarme ella, estrechaba mi cuerpo contra el suyo, extendiendo sobre mi espalda las palmas de ambas manos, como si quisiera aprisionarme contra el pecho. Descubriendo yo, más de una vez, en sus ojos una lágrima furtiva que, resbalando por ¡su delicadísima mejilla!, venía a caer sobre mi labio; extendiéndose allí, a lo largo, con una sensación de calor ardiente, y un sabor salado y dulce, que se hacía más intenso cuando, desbordándose, me alcanzaba el antediente.

Más adelante pude saber que ella quisiera haber tenido un hijo en lugar de Carmencita –¡qué ocurrencia!–, y que... Volvamos al tinglado del guiñol, y entremos sin hacerse notar, y allí

encontraremos a mi papá, y a mi otra mamá, besándose apasionadamente. Aunque –a decir verdad–, era mi padre quien robaba a la mamá de Carmencita el beso aquel que, como fuego, quedó grabado en mi memoria. Yo apenas tenía edad para entenderlo, y menos juzgarlo, por lo que no me sentí ni bien ni mal. Me sorprendió el lugar –el secreto–, y aquel comerse el uno al otro. Nunca vi, en postura semejante, a mis padres.

No me importó, sin embargo. Porque, después del espasmo que les dio al verme entrar –se quedaron sin habla–, mi padre, velocísimo en reflejos –nunca sería éste mi caso–, me cogió entre los brazos, rompiéndome los carrillos a besos; invitando a Carmenchu a hacer lo mismo, para ella cubrirme de besos como nunca. Eso sí, temblándole en los ojos dos lagrimones que buscaban romper en un punto para saltar y despeñarse. Ambos quedaron mudos, de nuevo, contemplándome entre el susto y el asombro.

Yo, que quería a ambos mucho, y no me gustaban aquellas caras largas, que me movían al llanto, salté a los brazos de mi amada Carmenchu y le dije, queriendo recoger a mi padre en el abrazo: “¡Si yo os quiero mucho!”; con ese tono tierno y musical, en el que un niño pone su alma, y que, en el oído del adulto –que sepa entenderle–, ha de sonar a gloria, esquilas y campanas. Mi padre –astuto– aprovechó para añadir por su cuenta:

–¡Qué bien todos! ¡Dándonos besos y más besos! ¡Los papás y mamás, a cubrirnos de besos!

Este es el personaje que, más adelante, entendería yo como el sinvergüenza de mi padre. Pero ¡ay!, de aquellos que se hacían perdonar, siendo por ello tanto más imperdonables.

En cuanto a Carmenchu, pareció serenarse. Y era verdad que quería a mi padre, y por derivación, a mí, supongo. Cuidándome

yo aquella tarde de no apartarme de ella, porque una sensación terrible de culpa me movía a rodearla con todo mi cariño.

Fue la primera vez que me sentí un hombre. Y así actué. Lo siento por mi madre; una mujer, que habría entendido lo que pasó aquel día, negándose a juzgarlo. Y si se me hubiera ocurrido contárselo –¡ni por mientes!–, habría respondido con aquel gesto suyo de revolverme el pelo, para depositarme un beso en la frente, y añadir: “Mi doncel, esas cosas no importan”. Y era verdad. Porque, sin emoción, vergüenza, ni ambages, he de decir que esa señora que ahora está ahí, sentada en la cocina, golpeando con el bastón sobre una baldosa hueca –ahora somos pobres–, es el ser más comprensivo de la tierra.

Yo quería que Carmenchu no dejase de venir por nuestra casa. Y lo logré, a fuerza de cariño. Tanto, y tan estudiado –aún sé hacerlo–, que mis caricias se convirtieron, al poco, en gancho con que retenerla; sujetándola, tal vez, de la coraza de sus pechos, con los simpáticos arietes. Cuando veía que fuera a escapárseme –¡o tardaba varios días en venir con su adorable!–, le creaba un complejo de culpa, diciéndole que se iba porque yo no acertaba a quererla; dándole a entender, que su presencia era panal y miel en los que alimentarme. Y si quería olvidarse de mí, la obligaría a volver por mi casa y quererme, al contar con un secreto que podía vender –con el instinto del chantaje se nace– para exigirle, al menos, atenciones y afectos. Deuda que habría de pagar, también, el ardoroso de mi padre, al tenerlo, lo mismo que a la otra –y Dios me perdone–, en mis manos.

Mejor... Preferiría que mi padre abandonase la mano que ocupaba, para rodearla a ella –y sólo a ella– con mis brazos, y encerrarla, por fin, entre las palmas de las manos y besarla. Con uno de esos besos lentos, y amorosamente demorados –como si al final

cupiera la muerte—, en los que mis labios apenas rozasen el bello de su rostro; mi aliento imprimiendo sobre su piel las huellas de mi alma. Beso que tanto he adorado si, además, nos arrullase con su resollar, el saxo de Ben Webster.

## V

Entre las beatas que acudían los viernes a los rosarios, novenas y cánticos que organizaba la buena de mi abuela en el saloncito de sus habitaciones —vivíamos en un piso enorme de la Gran Vía—, estaba una señora bajita y menuda, con apariencia juvenil, que siempre llegaba tarde —y, sin falta, entre sofocos—, pidiendo mil perdones, y no olvidando nunca quejarse de la cruz que le había caído en la forma del padre de sus hijas.

Sagrario —que así se llamaba— ponía la nota graciosa en un conjunto de siete mujeres desparejadas en todo: en edad; en estatura; en temperamento; y en maneras, que iban desde la más remilgada y mojigata de Recatada, la hermana de don Dimas —el canónigo—, hasta la más liberal y desenfadada de doña Remedios, “la notaria”; encargándose nuestra Sagrario de añadir el acento maternal y melodramático, con sus eternas quejas del peso de su cruz, y de las crucecitas no menos pesadas de sus hijas; sobre todo, de Sagarito —o Sagarín—, que no le ayudaba en nada, y que temía le hubiera salido —en eufemismo de madre— muy poco espabilada; es decir: medio tonta.

Daba pena oírle llegar a este punto —y llegaba sin excusa—, atragantándosele, en ese momento, las palabras, y humedeciéndosele los ojos, consciente de que aquella adorada hijita suya no tenía remedio.

A Sagarito la estoy viendo, a sus nueve años, sentada en una silla de mi habitación, todo esparrancada, leyendo un cuento con